RUPTURAS, IMAGINARIOS Y UTOPIÁS: CONTRIBUCIÓN A LA VISIÓN CRÍTICA DE LA ARQUITECTURA Y LA CIUDAD.

Daniel González Romero¹

Centro Universitario de Arte, Arquitectura y Diseño.
División de Artes y Humanidades.
Universidad de Guadalajara.

Remisión Artículo: 26-2-2008

Remisión definitiva: 23-4-2008

Palabras Clave: teoría de la arquitectura, López Rangel, modernidad.

Resumen: En este documento se realiza una reflexión sobre la teoría de la arquitectura en un momento en el cual la arquitectura y el urbanismo están envueltos en procesos de mercado global y consumo, está colmada de símbolos monopólicos formales y estructurales, que producen unas dinámicas en cuyos extremos se producen asimetrías que derivan en la dualidad pobreza-riqueza, inclusión-exclusión, estética-ética. Dicho análisis deriva en la comprensión de que la arquitectura, en tanto hecho histórico, forma parte de la autogeneración de la sociedad, y expresa, en tanto manifestación física, la complejidad de las contradicciones sociales. Es por tanto la síntesis estético-técnica, social-histórica que no solo es consecuencia sino también causa de interpretaciones ideológicas.

En primer lugar es para mí una muy grata ocasión el tener la oportunidad de compartir algunas ideas con una persona a quien respeto y aprecio, maestro y amigo, lo mismo el que nos encontremos entre estimados colegas compañeros de viaje en el debate acerca del proceso y espacio arquitectónico-urbano, ahora confinado entre los nacientes paradigmas y recurrencias epistemológicas de la sustentabilidad y la globalización. Momento que nos permite reflexionar en conjunto acerca de un cada vez más complejo tema: la teoría de la arquitectura y lo que de esto desde hace casi un siglo se desprende con la modernidad. La misma connotación que le hemos impuesto al Seminario nos induce a introducirnos en el ya imprescindible y urgente debate sobre la cultura material que implican a la arquitectura y la ciudad, a las prácticas urbanísticas y su indisoluble vínculo con el ambiente natural y lo que se ha dado en denominar como sustentabilidad.

En el título de esta participación me he permitido tomar una parte del título de un trabajo puntual en la historia de la arquitectura en México, en que ya se prevenían los cambios conceptuales que procedían de los cambios que se observaban en la realidad de la cultura edificada y en la reconfiguración de las estructuras económico sociales del mundo. Se trata del libro "Contribución a la visión crítica de la arquitectura" del maestro Rafael López Rangel, publicado en 1977, cuyo contenido puede considerarse uno de los textos fundacionales, entre los que por entonces dieron impulso a un nuevo tratamiento de la arquitectura y el urbanismo, su clave histórica bajo una caracterización conceptual crítica, que situó una vertiente teorizante que se apartó del reduccionismo teórico-ideológico en boga anclado por la vía pedagógica en pretendidos ideales redimidos del baúl de las "Academias", bajo definiciones universales decimonónicas, incluso renacentistas – recordemos la repetida fórmula del catecismo vitruviano –, en la subjetividad moralista del bien común, cuando no en la encrucijada de las expectativas

¹ Persona de contacto Daniel González Romero, correo: dgonzalez@cencar.udg.mx

racional-funcionalistas que dieron margen a los primeros debates en la producción arquitectónica y urbana de la era del nacionalismo y el privilegio de las clases en el poder.

En esos tiempos López Rangel sentaba en sus trabajos y conferencias – gracias a una de las cuales lo conocí y me alentó – las bases del conocimiento arquitectónico de raíz dialéctica, en consecuencia histórico-social, para poder comprender la construcción de la cultura material, de la arquitectura y el ámbito urbano, como un proceso vivo de la realidad. En su contenido se avizoraba ya la complejidad de la modernización plantada en las sociedades dependientes bajo la égida de las metrópolis dominantes del capitalismo, y la caracterización y efecto particular de este fenómeno en nuestros territorios y comunidades.

Con el énfasis de los tiempos en que se estableció el tema de la lucha y estructura de clases, manifiesta en la arquitectura y la ciudad, se fueron reuniendo las contradicciones la utopía moderna, se recordaban las posturas que surgieron con la reivindicación social, como en aquella de los arquitectos mexicanos, del lapidario y ya paradigmático "Resumen pragmático" de la conferencia de Juan Legorreta, sustentada en la Sociedad de Arquitectos Mexicanos (SAM) en 1933: "Un pueblo que vive en jacales y cuartos redondos no puede hablar de arquitectura. – Haremos las casas del pueblo, Estetas y Retóricos –. Ojalá mueran todos, harán después sus discusiones".²

Desde los años en que a pareció la *contribución crítica* de López Rangel, en el contenido de su trabajo, éste puso énfasis en el análisis de un tema que hoy día se ha convertido en un asunto central. La fórmula de los valores que utilizaron ampliamente los círculos que dominaban la práctica de la enseñanza de la arquitectura en lo que se conocía en la *teoría de arquitectura* de José Villagrán, en la que concurrían los cuatro valores: útil, lógico, social y estético, que fue entresacado de su concepción idealista de la modernidad arquitectónica y de la identidad regionalista para encadenarlo, sin aislarlo de lo demás, a una visión consecuente con los grupos de poder intelectual de las escuelas de arquitectura, y llevarlo a su esencialidad como manifestación objetiva de sus cualidades estéticas y éticas en la realización de los ideales sociales de la arquitectura, bajo la irreductible fórmula concluida en la frase de que la arquitectura es (era) "el arte de construir la morada integral del hombre", según la versión local de Ignacio Díaz Morales.

Apunto por entonces, que "La arquitectura, como hecho histórico, forma parte de la autogeneración de la sociedad y expresa por lo tanto, a su manera (como producción social del espacio), el complejo de contradicciones sociales. La arquitectura no es en consecuencia – agrego aquí la ciudad – un simple hecho técnico, o estético en el sentido de la romantik (es decir, ideal-puro) sino que constituye una organización formal estético-técnica, social-histórica, que a su vez juega un papel en la producción y en las forma ideológicas, por medio de las especificidades de su lenguaje"... Es a través de este enfoque, que podremos comprender el verdadero carácter y esencia de la arquitectura a través de su historia, y entenderla como un proceso real (valga la expresión). Y de esta manera, la arquitectura deviene en hecho histórico en si mismo, conformado y conformador de la historia" (López Rangel, R. 1977:17)

Este breve texto de López Rangel se hace patente la importancia y contenido de la vigencia de su pensamiento. Vale aquí recordar, para comprender la tendencia crítica y perturbadora del maestro, otros trabajos que cuestionaban los sucesos de su tiempo desde y en otros puntos de la geografía. Por aquellos años, de entre el pensamiento emergente en aquel inquieto mundo modernizante, Henry Lefebvre – un referente básico en los estudios urbanos cuya vigencia sorprende hoy día –, desde Francia, se abordaba uno de los problemas que ya desde entonces se convirtió en un presente ineludible en la sociedad, en especial hacia el futuro que preveía la

² Tomada de Pláticas Sobre arquitectura. México, 1933. Sociedad de Arquitectos Mexicanos. Editor Arq. Alfonso Pallares. Impreso en Editorial Lumen, México, 1934.

dinámica urbanización y los conflictos que se encerraban en esto: la ciudad como el punto neurálgico de la sociedad moderna y contemporánea, sitio dominante de la producción social. Su obra *El derecho a la ciudad* (Editorial Península, 1978), nos anunciaba la problemática que ya se fermentaba en el seno de la modernidad urbana.

Las tesis de ambos – López Rangel y Lefebvre – se encontraban en el margen de las ideas que alimentarían las propuestas intelectuales progresistas de aquellos días en sus particulares contextos. Pensamiento que era al mismo tiempo nutrido por otros significativos estudiosos (Benevolo, Harvey, Castells, Topalov, Rossi, Folín, Segre, Waismann, Hardoy, etc.), con sus particularidades, que dieron impulso al pensamiento y la respuesta crítica sobre la arquitectura y la ciudad, en los tiempos en que se articulaban dinámicamente sus primeras consecuencias y contradicciones sociales, para condensar el estudio de la complejidad del hábitat humano en desarrollo y su definición respecto de la visión de un progreso sin finitud, tiempos que se anunciaban con los primeros llamados que se desprendían del Informe del Club de Roma y el sentido malthusiano de su contenido. Ello puso en evidencia la esencia política, por lo tanto ideológica, no solo estética, artística o económica de los hechos arquitectónicos y urbanísticos.

“La estructura social figura en la ciudad, y en ella se hace sensible y significa un orden – escribió Lefebvre –... En su nivel específico, la ciudad contiene así la proyección de éstas relaciones” (Lefebvre, Henry, 1978: 78), y de esta manera el resultado histórico de su organización y funciones, el corolario de los imaginarios y las utopías acumuladas en el cambio cultural, político y económico de los siglos XIX y principios del XX. Tiempos de consolidación conclusiva de la burguesía dominante moderna y de reconstrucción de la identidades y relatos modernos de los países y regiones del mundo, con lo que se reafirmaba una etapa del capitalismo y sus condiciones para la recomposición de la geografía económica del planeta, especialmente luego de las guerras mundiales y la remodelación cultural del arte y las adopciones culturales de las comunidades, vendría entonces hacia los ochentas la proclama fundada desde el discurso: *democracia igual a mercado*, desplegado desde la denominada globalización, tiempos que trajeron consigo la fórmula actualizada y los prolegómenos del nuevo siglo, con la recuperación del valor simbólico de la forma, signo que definen posmodernos o hipermodernos como tiempos y era del consumismo (Bauman, Harvey, Alonso, García Canclini).

Frampton explica que “El desarrollo de la arquitectura moderna después de la ilustración parece estar dividido entre utopismo de vanguardia, formado por primera vez a principios del XIX en la ciudad ideal y fisiocrática... desde entonces, en su esfuerzo por trascender la división del trabajo y las crudas realidades de la producción y la urbanización industriales, la cultura burguesa a oscilado entre los extremos de las utopías totalmente planificadas... y por otra una negación de la efectiva realidad histórica... Si bien todas las artes están limitadas en cierto grado, por los medios de producción y reproducción, esto ocurre por partida doble en el caso de la arquitectura, que no sólo está condicionada por sus propios métodos técnicos, sino también por fuerzas productivas que se encuentran fuera ella. En ninguna otra parte ha sido esto más evidente que en el caso de la ciudad... El éxito y el fracaso de la moderna arquitectura hasta hoy, y su posible papel en el futuro, deben ser evaluados definitivamente ante este fondo más bien complejo. En su forma más abstracta, la arquitectura ha desempeñado, desde luego, un cierto papel en el empobrecimiento del entorno” (Frampton, Kenneth. 1987: 9). La ruptura fue ya entonces por los años de la denominada *década perdida* clave del debate.

Este tratamiento crítico que hace Frampton nos lleva así a los ochenta, tiempos que se calificaron como los de la *década perdida*, en el que se comienzan a razonar abiertamente y se hacen claras las acumuladas desde las tendencias progresistas puestas en duda, las frecuencias activas que se han seguido hasta el presente (pensemos en Jacobs, Morin, Braudillard, Bourdieu, Berman, Wallerstein y las más recientes en Jameson, Harvey, Borja,

Alonso, Bauman y Ulrich, entre otros), cuando explica que: “La vulgarización de la arquitectura y su progresivo asilamiento de la sociedad han concentrado últimamente la disciplina en sí misma... esta tendencia reduce los elementos arquitectónicos a signos puramente sintácticos que nada significan aparte de su propia operación “estructural” y en la más nostálgica celebra la pérdida de la ciudad a través de propuestas metafóricas e irónicas las cuales son proyectadas en “yermos astrales” o fijadas en el espacio metafísico [que nos confinan ahora ya] del esplendor urbano del siglo XIX” (Frampton, Kenneth. 1987: 10).

Las condiciones de la arquitectura y la ciudad se encontraron entonces como una fórmula básica de la existencia moderna a escala mundial, y por lo tanto de la modernización de todos los esquemas y costumbres de la sociedad, lo que Lefebvre planteó como *derecho a la vida urbana*. En tal circunstancia lo que López Rangel planteaba desde entonces, comprendía la esencial *relación entre arquitectura y sociedad*, la ciudad. Así se produjo una confrontación conceptual que partía del hecho arquitectónico y la realidad urbana que demandaba nuevas opciones de análisis e intervención y por lo tanto en la elaboración y la transmisión de contenidos educativos, en la vertiente conceptual de la enseñanza, de sus pautas teóricas y las prácticas recurrentes; intentar vías de análisis que acercaran la comprensión y conocimiento de un fenómeno que se conformó con la modernidad dependiente, como el espacio más significativo del desarrollo social particular de América Latina: la ciudad y, por lo tanto, su arquitectura y ambiente, intentar la necesaria toma de una nueva conciencia, aún entre la presencia dominante en las instituciones de enseñanza por parte de los sectores intelectuales que permanecían en la corriente tradicional.

En esta noción el urbanismo y el “medio ambiente” pasaron a ser considerados como una forzada parte de la temática, con las excepciones del caso como fueron las islas de los talleres Autogobierno en la UNAM, o los esquemas particulares de las universidades públicas como las de Guadalajara, Autónoma de Sinaloa, Autónoma de Coahuila, Michoacana de San Nicola de Hidalgo, Autónoma de Guerrero, etc., cuyas corrientes teóricas progresistas que surgieron desde la relación entre arquitectura, la ciudad y la realidad social que resultaba del modelo capitalista, se vieron reformadas a modo, aligeradas, reprimidas o eliminadas del programa y estigmatizados los profesores que se encontraban ubicados en este pensamiento.

Anoto aquí de manera crítica, para asumir un primer compromiso como clave del tiempo de la ruptura que nos ha transportado hasta el presente, algo que ya desde los años setentas afirmaba Fernández Alba y cuyo eco aún se escucha, como encuentro con las condiciones actuales, “... los arquitectos aún no se atreven a aceptar en todo su rigor un axioma recogido hace algún tiempo por los analistas de la sociedad post-industrial, y que es: «una gran parte de los temas culturales a los que da valor nuestra civilización no tienen origen en la actividad profesional, sino en los productos de ésta actividad»” (Fernández Alba, Antonio, 1980:63).

Es sabido que hace cerca de un siglo la arquitectura – décadas antes si tomamos en cuenta su fragua – se encontró la nueva disyuntiva de su racionalidad, de su papel funcional en el fragor del pensamiento de los arquitectos que dieron paso a los esquemas conceptuales y prácticas de la modernización que anticipaba ya entonces la proyección del carácter urbano de las arquitecturas. La movilidad y el desplazamiento necesarios descargados en las tecnologías del transporte para que los procesos productivos se encausaran, el ferrocarril y el automóvil principalmente, convirtieron las estructuras arquitectónicas en elementos formales y funcionales que se agregaban a la continuidad urbana, a las necesidades de urbanización extensiva, que se requerían para la remodelación de la sociedad. Las propuestas del CIAM en sus diferentes versiones con las innegables influencias de las aportaciones lecorbusianas (se desconoce en gran parte que el tema de la planta libre fue iniciado por Victor Horta en la Casa de Hierro en 1896 en Bruselas), y el ejemplo de la edificación del aparador estadounidense, sumado más tarde a la recuperación patrimonialista desprendida desde la Europa de la reconstrucción, incidieron en nuestro recetario formal y técnico. La parte del imaginario de

imitación y cierto apego conceptual llegó posteriormente desde de la Bauhaus redimida en Chicago por Walter Gropius luego de su entrega al Nazismo. Ese panorama estructuró la formación, la visión, la experimentación si se quiere, de la modernidad propia, o “apropiada” según argumentaba por entonces críticamente Christian Fernández Cox desde Chile (1980).

El desarrollo de las tecnologías para la edificación y el transporte, como para la producción reelaboraron por entonces las nuevas estrategias de modelación de la ciudad y la arquitectura, se pasó de aquel urbanismo especulativo que recordaba al Hausmann que supuso la construcción de un nuevo espacio para el capital inmobiliario, como campo de la incipiente formación capitalista de la sociedad y sus hitos arquitectónicos que representaban el poder de la floreciente burguesía. De esta manera el espacio racionalizado, funcionalista de la ciudad y de la arquitectura moderna, comprendió un nuevo estatus para la ciudad y la arquitectura y quienes cercaron en su dominio las ideas por aplicar. De ello formaron parte paso a paso la enseñanza y su transmisión hacía la práctica profesional proyectual y edificatoria para la realización del imaginario de la sociedad modernizadora dependiente, que condensaban la utopía de un estado de progreso sin cotas y de una dimensión paradigmática que a partir de los años sesenta comienza a entrar en crisis, hasta confrontarse con los nuevos paradigmas que portaban su visión sobre el medio ambiente, la ecología y, más tarde en años recientes, con los de la gobernanza, la democracia, la constatación de la ciudadanía y la sustentabilidad, todo esto inmerso en la reformulación de las teorías de la complejidad y los avances del conocimiento científico y la tecnología.

En resumen el siglo XX fue una etapa en la que la aceleración de los cambios ha descargado huellas importantes sobre las sociedades del mundo, muchas indelebles aún en el contexto de la contradicción o negación de lo permanente de la condición moderna, condiciones que impactan especialmente a los habitantes de las regiones de economías y desarrollo relativo, deficitario o dependiente, con efectos en el medio natural y construido. Sobre todo bajo la asechanza de las tendencias de un marco mundializado en el que la aceleración de las transformaciones en el umbral del siglo XXI, que nos muestran un horizonte de intensa complejidad e aceleradas transiciones, de cambios profundos, que nos anuncian escenarios de nueva especie y contenido, no obstante desde la planeación funcional y sus métodos fundamentados en las prácticas del *zoning*, y las arquitecturas del mercadeo consumista que se insertan en modulaciones a manera de proyectos urbanos, siga minimizando sus concreciones en función del marketing prevaleciente ya desde el siglo pasado. Como dice Fernández Güell: el “... catálogo de transformaciones puede desdramatizarse argumentando que, históricamente la ciudad ha estado expuesta a los cambios del entorno”. (Fernández Güell, José Miguel, 2006:28), tesis que aborda la denominada *planeación estratégica* de tipo empresarial posfordista, de la denominada “competitividad” “toyotista” y las pautas de la creciente especulación formal y funcional que ha cubierto la enseñanza, la conceptualización y las prácticas especulativas e imitaciones extrapoladas y aplicadas a la arquitectura y la ciudad.

Ya la utopía funcionalista e internacional del urbanismo y la arquitectura, que gravitó a partir de los cincuenta sobre el pensamiento y la utopía moderna de los arquitectos y planificadores urbanos, concibieron el ser moderno como un arma expresiva que apoyaron por el aparato estatal burocrático vio crecer personalidades y corporaciones que se consideraron custodios de los avances del bienestar humano. Fueron las épocas del “estado benefactor”, que trascendida a nuestras realidades constituyó un instrumento de validación y soporte de la nueva nación posrevolucionaria y a su vez generaron la renovación de los espíritus de las personalidades dominantes cercanos al poder político y económico. En esta concurrencia entre contradicciones que dieron pauta a los movimientos sociales de fines de los sesenta y principios de los setenta, los proyectos modernizadores aparecieron también en esta línea de pensamiento, considerada la utopía en la enseñanza en las escuelas de arquitectura y el urbanismo ya entonces incluido. Más como afirma Harvey “Pero las transformaciones radicales que se produjeron en el paisaje social y físico de las sociedades capitalistas a menudo tenían poco

que ver con esas pretensiones. En primer lugar, la valoración de terrenos y propiedades (obtener renta de la tierra y construir con ganancias, de manera rápida y barata) era una fuerza dominante para una industria de la construcción, arma fundamental de la acumulación del capital” (Harvey, David, 2004:90). La transformación de la arquitectura y el proyecto urbano dominante en espectáculo en consonancia con la verificación del tiempo que ya deducía y proponía en *Aprendiendo de las Vegas*, de Robert Venturi, Denise Scott Brown y Steven Izenour.

“Los años setenta reflejaron y amplificaron los valores que nacieron los movimientos políticos de protesta. Incluso aunque estos eran fundamentalmente minoritarios, su fuerte visibilidad se tradujo en un cambio en los discursos de dominación hegemónica... En los ochenta aparece un clima social y cultural diferente que va a ser, en cierta forma la antítesis precedente. Se desarrolla el pensamiento progresivo del consumo de «*culturas privadas*»... De hecho, se asiste a la emergencia irresistible del hedonismo como valor fundamental y a la primacía del concepto del narcisismo. La emoción y la sensualidad tienden a prevalecer sobre la racionalidad. El consumo no es ya algo que se valore por la opulencia... Con los últimos años noventa asistimos a una nueva orientación social, en la que el trabajo y la posición profesional han perdido parcialmente su papel de significante” (Alonso, Luis Enrique, 2006:87).

Con esto me permito entrar en el centro de lo que ahora me o nos preocupa respecto a la arquitectura y la ciudad. Luego de la asunción de las aglomeraciones urbanas y sus consecuencias, tomo aquí un texto de Humberto Eco: “La situación conocida como cultura de masas tiene lugar en el momento histórico en que las masas entran como protagonistas en la vida social y participan en las cuestiones públicas. Estas masas han impuesto a menudo un *ethos* propio, han hecho valer en diversos periodos históricos exigencias particulares, han puesto en circulación un lenguaje propio; han elaborado, pues, proposiciones que emergen desde abajo. Pero, paradójicamente, su modo de divertirse, de pensar de imaginar, no nace de abajo: a través de las comunicaciones de masa, todo le viene propuesto en formas de mensajes formulados según el código de la clase hegemónica. Tenemos, así, una situación singular: una cultura de masas en cuyo ámbito se consumen modelos culturales creyéndolos una expresión propia. (Eco, Humberto, 1995: 42).

En tal circunstancia, pasar de la retórica anterior y rebasar la ambigüedad ideológica prevaleciente, marcada por los procesos del mercado global y el consumo, colmada de símbolos monopólicos formales e estructurales, nos introducen en un esquema de dinámicas complejidades en cuyos extremos se producen las asimetrías que pueblan el mundo de hoy, el de la globalización, en la dualidad pobreza-riqueza, su repertorio de inclusión-exclusión, la cauda de resultados estético-ética, la resultante de la depredación ambiental consumo-sustentabilidad, y el preludio sobre lo endeble de la estabilidad social-gobernanza, que al caso de la arquitectura y la ciudad, su reserva educacional política-ideológica, convergen sistemáticamente como factores que requieren de una reflexión de nuevas cualidades. La recuperación, por lo menos conceptual, de las variables que pueden intervenir en los procesos de proyectación arquitectónica y urbana y en la construcción de las ciudades (metrópolis, e-topolis, tecnopolis, zoopolis, megalópolis), en boga bajo la producción de ciudades y arquitecturas globalizadas en competencia, nos introduce en “... la sensación de estar atrapados en una vorágine en la que todos los hechos y valores se arremolinan, explotan, se descomponen, se recombinan, y de incertidumbre básica sobre lo que es lo fundamental, lo que es valioso, hasta lo que es real” (Berman, Marshall, 1991:119).

La nota y el discurso de que *otro mundo es posible* situado en los ejes de las transformaciones que se suceden hoy día nos regresan a los temas que décadas atrás expresan y nos conducen a redefinir un desafío de carácter nada neutral. La notoria revolución tecnológica que revisten los nuevos escenarios en construcción, la egida del mercado y las tendencias que claman a modificar los procesos de deterioro del planeta, auguran imaginarios que revaloran los

espectros teóricos que en el pasado causaron temor a las ideologías del cambio conceptual. La nueva coherencia que puede reunir los ámbitos de la arquitectura la ciudad y el ambiente, se encuentra entre bastidores, en espera de ser incluida en la discusión y en su tratamiento. El lenguaje de la imagen prevaleciente, de rancia esencia neoconservadora, no obstante ha generado amplia militancia, no ha resuelto su permanencia social ante los problemas cotidianos de las mayorías y su dimensión, sin que ponga en peligro otras realidades particulares, y sus acciones beligerantes preventivas. La *sociedad del riesgo* (Hans-Ulrich Beck) y el miedo, recupera sin que sea expreso mediante lo que Bauman llama como un esquema y proceso de *modernidad líquida*, algunos elementos del equilibrio social.

Como explica Lipovetsky (2006:68-91), “la desintegración de las utopías políticas de la «crisis del futuro». Ya no ha fe en un futuro necesariamente mejor que el presente. .. Es innegable que al exaltar el disfrute del aquí-ahora y la novedad perpetua, la civilización consumista contribuye sin cesar al deterioro de la memoria colectiva, acelerar la desaparición de la continuidad y la repetición de la ancestral. Sin embargo, hay que decir que, lejos de estar enclaustrada en un presente que se ha cerrado él mismo con llave, la época es escenario de un frenesí patrimonial y conmemorativo y de un hervidero de identidades nacionales y regionales, étnicas y religiosas... Los modernos querían hacer tabla rasa del pasado, nosotros los rehabilitamos. Ultramodernidad que revela sin embargo el creciente hincapié en el impacto económico de la conservación del patrimonio, en criterios de rentabilidad directa o indirecta en el seno de una esfera antaño animada por el culto a la Nación y al espíritu de la utilidad pública. La consagración de calles y el levantamiento de estatuas han sido reemplazados por conmemoraciones explotadas por empresas.

Cabe recuperar aquí entonces lo que en el inicio de este trabajo citamos de López Rangel: “La arquitectura, como hecho histórico, forma parte de la autogeneración de la sociedad y expresa por lo tanto, a su manera (como producción social del espacio), el complejo de contradicciones sociales. La arquitectura no es en consecuencia – agrego aquí la ciudad – un simple hecho técnico, o estético en el sentido de la romantik (es decir, ideal-puro) sino que constituye una organización formal estético-técnica, social-histórica, que a su vez juega un papel en la producción y en las forma ideológicas, por medio de las especificidades de su lenguaje”. Especialmente ante el vacío y el envanecimiento formalista que se ha infiltrado en las escuelas de arquitectura y urbanismo.

Bibliografía:

Alonso, Luis Enrique. 2006. *La era del consumo*. Siglo XXI. Madrid.

Bauman, Sygmunt, 2002. *Modernidad Liquida*, Fondo de Cultura Económica, México.

Berman, Marshall, 1991. *Todos los sólidos se desvanece en el aire. La experiencia de la modernidad*. Siglo XXI, Madrid.

Eco, Humberto, 1995. *Apocalípticos e integrados*. Lumen/Tusquets. Barcelona.

Fernández Alba, Antonio, 1980. *Arquitectura: entre la teoría y la práctica*. Editorial Edicol, México.

Fernández Güell, José Miguel, 2006. *planificación estratégica de ciudades*. Editorial Reverté. Barcelona.

Frampton, Kenneth. 1987. *Historia crítica de la arquitectura moderna*. Gustavo Gili. Barcelona.

Harvey, David, 2004. *La condición de la posmodernidad. Investigación sobre los orígenes del cambio cultural*. Amorrortu editores. Buenos Aires.

Lefebvre, Henry, 1978. *El derecho a la ciudad*, Ediciones Península, Barcelona.

Lipovetsky. 2006. *Los tiempos hipermodernos*. Anagrama. Barcelona.

López Rangel, Rafael, 1977. *Contribución a la visión crítica de la arquitectura*, Departamento de Investigaciones Arquitectónicas y Urbanísticas, Instituto de Ciencias, Universidad Autónoma de Puebla, Puebla.